

## CABALLOS Y SOMBRAS

---

GERMÁN LONDOÑO

*Para Ligia Escobar, mi psicoanalista por varios años*

No es frecuente, pero algunas veces nos bendice, imprevista como un rayo la memoria: en Nueva York años atrás, yendo y viniendo entre las multitudes que bostezantes o asombradas atiborran un domingo su mayor museo, me encuentro de golpe y frente a frente una pintura radiante capaz de derretir al instante todos los diques que construyera pacientemente el olvido: allí en medio de una densa jungla de refinadas clorofilas y espesor de mazapán, la cabeza de un caballo blanco me mira de frente, con ojos negros diminutos, mientras un jaguar lo tritura con dientes y garras –¿o es el caballo quien devora al jaguar?– todo ello perfumado por el mayor de los silencios, mientras arriba un cielo pálido y sin nubes lo contempla todo indiferente en su pureza inmaculada.

En ese lienzo magnífico, forma, color y tema se sumaron para lograr una de esas felices síntesis donde nada falta, porque nada sobra. Incluso la firma no podría ser de otra manera: vertical, evidente y laboriosa: Henri Rousseau 1888. “Usted y yo –le dijo el Aduanero Rousseau a Picasso en 1908– somos los pintores más importantes de nuestro tiempo, usted en el estilo Egipcio y yo en el moderno”. Extrañas palabras. Y lúcidas. Palabras que confirman que el patriarca de los pintores “Naïf” no tenía un pelo de ingenuo, a diferencia de muchos de sus sucesores bastardos que cubren su malicia con pelambres de ingenuidad fingida. Pero volvamos a su cuadro, a la jungla de Rousseau: allí tenemos un caballo muriendo bajo garras y dientes que a nadie parece importarles, ni siquiera al sol, que literalmente brilla por su ausencia, quizás porque ya

habrá visto morir tantas otras cosas y mucho menos a la espesa maraña vegetal y flores gigantes que los rodea. Se muere un caballo de Rousseau y los que pasan a mi lado ni lo notan. Y quizá con razón, pues en dos salas hacia la izquierda ya han visto más de cuatro Cristos agonizantes, y agonizando para siempre en la perennidad de su instante pintado, que no es lo mismo que cualquier instante.

Caballos que mueren, caballos heridos, caballos que sangran... si tuviera que hacer una lista de las obsesiones favoritas de mi niñez, la imagen de un caballo herido, herido de muerte, ocuparía ciertamente un lugar privilegiado.

Privilegiado y oscuro, y desde esa penumbra ambigua y seductora brota constante el aliento permanente que anima mis sueños, fantasías y, por qué no, mi recobrada memoria.

Desde niño admiré profundamente a los caballos. Bueno, como todos los niños admiran los caballos, yo también comencé a admirarlos desde que era apenas eso: un mocoso tímido y distraído que añadía a su inimaginable amor por los caballos unas ansias gordas de verlos sufrir, con el sufrimiento heroico que les otorgaban a mis sueños algunas pinturas y muchas películas de batallas donde mis héroes cuadrúpedos agonizaban o morían abrazados al lodo, al humo y a su propia y furiosa sangre de agonía.

Así era yo, un poco como los demás niños, dueños de una crueldad vertiginosa y simple, untada de mocos y colores, como muchas veces estaban mezclados los niños, admirando remotamente a los caballos con fantasías auto-impuestas que de pueril tenían poco, porque los niños de tontos no tienen tanto, ni lo tenían en aquel entonces, eso hay que recordarlo.

Incluso yo, si alguna vez sagaz yo fui, lo era en aquellos años en los que había quizá poco por decir y mucho para mirar, tocar y oler y el aroma supremo lo tenían por supuesto los caballos, sin importar que los inunden de jabones, ese aroma habrá de nacer y morir con ellos, pareciera incluso que los acompaña hasta en los huesos, capaz de causar desasosiego y aún de hacer llorar de pena mortificada a los pocos que tienen la extraña suerte de hundir en la tierra húmeda el cuerpo inmenso de un caballo muerto.

Recuerdo –aún seguía siendo un niño– que alguien tuvo la ocurrencia de decirme que a los caballos viejos los vendían baratos para ofrecerlos como banquete final en los zoológicos, banquete digno de leones y tigres, según alguien me dijo, y yo encontré magnífico morir entre los dientes tenaces de un león cualquiera, pues siempre serán,

pese al tedio implacable de unas rejas, radiantes leones hambrientos, leones tiernos tan hermosos como brutales.

Porque leones eran, no importa cuán escuálidos y tristes pudieran ser aquellos zoológicos que visité cuando era niño, no importa si la pereza y la rutina de ser mirados por tanta gente indiscreta y aburrida terminaran por obligarlos a un resignado letargo, viviendo el exilio apático de unos reyes sin reino, estrangulados lentamente por la mortal rutina que agobiaba a esas bestias magníficas, indiferentes, incluso a sus propios excrementos marchitos, mustias las uñas que ya no desgarran a nadie, echados con doloroso desgano junto a las roídas costillas de un caballo viejo, rutinariamente viejo, cuya cabeza cortada disfrutaban un diluvio de moscas frenéticas que nada sabían de las glorias perdidas de caballos que ya no mueren en batallas ni de leones en exilio que lo perdieron todo menos la hermosura furiosa de sus ojos de ámbar cristalino, esos ojos de león, que por distracción o por suplicio se encontraron finalmente con los míos, un niño que, como ya dije, hablaba poco pero miraba mucho, untado quizá entonces de mocos e ilusiones, soñando con caballos malheridos, poderosos caballos mordidos por espuelas, sables o cañones, caballos de regimientos napoleónicos, de hordas mongolas, ejército persa o tribus pielrojas, fragantes en aquel olor irreducible, que pese a todos los jabones es y será el legítimo olor de los caballos.

Esos caballos vencedores o vencidos agonizando en el silencio más perfecto, o bien alegres, acoplándose sobre yeguas pertinaces, herederas de todo aquello por lo que se enamora un niño, regalados a la intemperie y a la lluvia, ignorantes de la comodidad de un techo, amplias de carnes, generosas de crines, dueños de colas como serpientes vivas, y pestañas como acaso las tendrían los dioses, y ojos inocentes como abismos, inocentes a pesar de tantos siglos de golpes y disciplinas tratando vanamente de convertirlos en algo parecido a seres humanos, obligándolos a todo y a cualquier cosa menos a la extraña dicha de ser libres.

Ser libres. Vaya ¡a donde hemos llegado!: hasta los límites mismos de ese espinoso asunto que llamamos libre albedrío, en el que personalmente no creo, y todo porque un día cualquiera en Nueva York, visitando la exposición «Obras maestras del Museo Pushkin de Moscú», y a punto de concederme un bostezo al que tiene derecho cualquiera que halla pasado buena parte del día admirando en un museo infinito demasiadas cosas perfectas, me encuentro con un caballito blanco pintado en medio de la jungla gigantesca, devorado por un leopardo, y de golpe, como una avalancha

de juguetes de vidrio, regresan a mí, instantáneos, mil recuerdos y emociones que creía muertos o perdidos por completo, iluminados en un segundo por el relámpago feliz de la memoria.

Y así me quedé yo atónito y dichoso por un buen rato prometiéndome que algún día escribiría algo al respecto, aunque no supiera entonces ni sé ahora escribir, pero con el vano propósito de comunicar algo tan difícil, ambiguo y confuso como sólo puede serlo un sentimiento humano, o un recuerdo recobrado de la infancia.

Muy cierto: algunas veces, como un rayo y de improviso, nos bendice luminosa la memoria.



■ HENRI ROUSSEAU, "Caballo atacado por un jaguar", 1910. Óleo sobre lienzo, 89 x 116 cm. Moscú, Museo Pushkin.